

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 peseta
 Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
 » Extranjero » 1'50 »

LA HUELGA MINERA EN VIZCAYA

La acción política es nefasta al sindicalismo

Pocos movimientos huelguistas han producido tan gran expectación como la huelga que actualmente sostienen los obreros vizcainos.

Estos obreros, de los que nadie se preocupa mientras ejecutan el rudo trabajo de extraer el mineral, llaman poderosamente la atención a la menor señal de huelga, y a pesar de no ser su característica el adoptar medios violentos para la lucha, el gobierno aglomera en la zona minera más tropas que las que serían necesarias para una guerra de conquista.

Es tal la justicia que asiste en sus reclamaciones a los compañeros mineros, que no solamente el elemento obrero, sino gran parte del burgués, incluso las autoridades, así lo reconocen.

El espíritu de solidaridad se ha desarrollado en toda su grandeza y tales son las demostraciones de simpatía y adhesión que nuestros compañeros tienen recibidas, que ocupan una situación inmejorable para conseguir el triunfo de sus justas peticiones.

Pero los obreros vizcainos y especialmente los mineros tienen en su seno la lepra política, a la que sus concomitancias con los gobiernos y su carácter legalitario y gubernamental obliga a intervenir en las luchas obreras para desempeñar el triste y bochornoso papel que los socialistas de Estado han jugado en esta ocasión.

Cuando en la misma proporción que aumentaban las generales simpatías por los huelguistas aumentaba la odiosidad contra la soberbia patronal; cuando las autoridades reconocían la necesidad de poner término al conflicto anunciando medidas radicales contra la intransigente burguesía; cuando el triunfo de los obreros sólo depende de la resistencia de éstos, aparece la nefasta labor de los directores de la política socialista, de los eternos traidores de la causa del trabajo, de los que intentaron deshonrar el hermoso movimiento de solidaridad llevado a cabo por el proletariado barcelonés en 1902, y proponen a los huelguistas mineros que se sometan, que abandonen su actitud digna y enérgica y vuelvan al trabajo en las mismas condiciones en que estaban antes de la huelga, confiados en una promesa del gobierno, del representante de la burguesía.

Y era tal el interés demostrado por el director del periódico socialista *Lucha de clases*, por entregar a los mineros atados de pies y manos a la burguesía, que les aconsejaba la vuelta al trabajo cuando todavía la promesa no tenía carácter oficial por parte del gobierno y sólo era una proposición del Instituto de Reformas Sociales, de ese Instituto compuesto de burgueses y obreros más ó menos auténticos, en el que los burgueses cumplen la obligación de defender sus intereses y los obreros, tal vez porque para eso les pagan, cumplen la misión de castrar las energías de los luchadores, impidiendo, ó procurando impedir, la derrota de la burguesía.

Véase, tal como lo publica un periódico burgués, cómo se explicaron los leaders socialistas, aconsejando a los huelguistas una vergonzosa humillación:

«En el Centro Obrero se ha celebrado una asamblea de huelguistas mineros para comunicarles la fórmula propuesta por la comisión del Instituto de Reformas Sociales.

El local estaba atestado de público y en la calle había más de un millar de obreros sin poder entrar.

Presidió Bujedo, quien dió cuenta de la visita de la comisión del Instituto é hizo resaltar la actitud intransigente de los patronos que no se avienen a ninguna transacción.

Terminó diciendo que Azcárate les indicó que volvieran al trabajo bajo la formal promesa del Gobierno de presentar un proyecto de ley fijando la jornada máxima en las minas.

Isidoro Acevedo, director de *La Lucha de Clases*, hizo uso de la palabra.

Comenzó diciendo que iba a hacer observaciones a los obreros para que éstos tomaran luego los acuerdos que estimasen convenientes.

Historió el movimiento huelguista y la intransigencia de los patronos que cierran las puertas a tierra y lodo para toda solución.

De ellos nada absolutamente puede esperarse: es necesario—dice—tocar otros resortes.

Considera aceptable la fórmula de Azcárate.

El cumplimiento de la promesa sería para el Gobierno cuestión de vida ó muerte, pues la ley ofrecida encarna la aspiración de toda la opinión, siendo algo así como una protesta de toda la colectividad contra patronos ensorbercidos.

La promulgación de esta ley sería un gran triunfo para la clase obrera, pues se daría el primer caso que en virtud de un movimiento huelguístico se arrancase de los poderes públicos una ley beneficiosa para los obreros, y ello constituirá un gran precedente.

No debe temerse que si cayera este Gobierno y viniera otro liberal no llevase adelante la ley, ni debe admitirse la posibilidad de ser substituido por una situación conservadora, porque en este caso la conjunción republicano-socialista está comprometida a hacer la revolución.

Si no transigis ni con el Gobierno puede ocurrir que la opinión que ahora está con vosotros se os vuelva adversa, que es precisamente lo que quieren los patronos. Entonces éstos no transigirían y vendrían terribles represalias.

Son pues los momentos muy críticos y es preciso dejar paso a la razón.

Al llegar Acevedo a este punto surge un ruidoso incidente y se oyen voces, protestas y gritos de ¡viva la huelga! ¡estáis todos vendidos! El escándalo dura algunos momentos.

El presidente consigue restablecer el orden.

Acevedo continúa su discurso insistiendo en la conveniencia de aceptar la fórmula, pues la ley prometida será ley y la primera victoria que habrán alcanzado los huelguistas.

Los compañeros más consecuentes aconsejan que se acepte por crear que así conviene a nuestros intereses.

Haced lo que queráis pero que os ilumine la razón.

Persistid en vuestra actitud hasta que la promesa se formule solemnemente, y tened en cuenta que por esta causa estamos todos dispuestos a dar la vida, pero que la vida hay que darla con conciencia de lo que se hace.

Los elementos que habían aparecido hostiles deponen en esta última parte del discurso su actitud y corean con «bien, muy bien», las últimas palabras de Acevedo.

El compañero Mora aconseja también la aceptación de la fórmula, y les pregunta si volverían al trabajo si un ministro viniera a ratificarles solemnemente la promesa.

Unas voces de ¡sí! y otras ¡no!, predominando las afirmativas.

Después habla un asambleista para decir que no se fien de promesas, pues todavía están incumplidas las que les hizo el rey en 1906.

Vuelve a hablar Bujedo y dice que él tampoco confía en las promesas, pero que le han convencido los razonamientos de los vocales del Instituto de Reformas Sociales.

Otro obrero dice que es preciso no solo que un ministro haga la solemne promesa de presentar la ley, sino que sea aprobada por el Parlamento venciendo todos los obstáculos.

Nuevamente Bujedo habla y hace la siguiente pregunta:—¿Quién preferirías que viniese, Merino ó Canalejas?

Todos contestan:—¡Canalejas, Canalejas! y terminó el acto del cual se ha sacado la impresión de que la huelga va camino de una solución, aunque los obreros no depongan su actitud en tanto no vaya a Bilbao un individuo del Gobierno y hable con ellos.

Grupos de huelguistas recorren las calles con sombreros de copa y ramos de flores, tocando guitarras y cantando.

Los obreros están divididos pero la mayoría quiere ir al trabajo ante la promesa de

que se votará una ley favorable á sus peticiones.»

Las voces de ¡viva la huelga! ¡estáis vendidos! pronunciadas por los huelguistas, y la actitud de lucha demostrada en los mítines que el domingo último se celebraron—actitud que obligó a cambiar el tono del discurso que pronunciaba el socialista Perezagua, son prueba de que también los mineros entrarán por la vía recta para conseguir, sin trabas alguna, su emancipación.

Los obreros no podemos confiar en una promesa, porque no son promesas lo que necesitamos sino ventajas positivas. Y no vamos a hacer aquí uso del argumento—que sería muy justificado—de que no se cumplirán las promesas, pues tal vez el gobierno en esta ocasión tenga deseos de cumplirlas; se trata de que para ello es precisa la acción del parlamento, que es burgués, defensor de la propiedad y, por lo tanto, enemigo de hacer concesiones al proletariado, mientras éste no se las arranque por la fuerza, y si nuestras mejoras hemos de conquistarlas por la fuerza no tenemos necesidad de parlamentos ni de políticos, cuya acción es y ha de ser forzosamente enemiga del sindicalismo autónomo, de este sindicalismo que, sin intermediarios que por no trabajar nada les interesa nuestra emancipación, marcha de frente a la conquista de nuestro bienestar.

Tengamos presente, además, que aunque las Cortes legislasen en el sentido indicado por el gobierno, las leyes tendrían, por lo que afecta a la burguesía, el mismo resultado que la del descanso dominical, como explican los siguientes párrafos de nuestro compañero el corresponsal de Bilbao:

«Los obreros están convencidos de que las palabras se las lleva el viento y de que el gobierno actual, como los anteriores, nada ha de hacer por la clase trabajadora y aunque legislase una ley fijando la jornada de trabajo ésta no había de ser de nueve ni ocho horas sino probablemente de once.

«No tenemos aprobada la ley del trabajo de la mujer y del niño? Pues a pesar de ello, las mujeres trabajan más de once horas y en fábricas y talleres trabajan niños menores de 14 años.

Bien reciente está la campaña hecha en Bilbao sobre las modistas que tienen a sus operarias hasta las doce ó dos de la mañana y lo mismo ocurre en el gremio de sastres.

Las mujeres trabajan en época de trabajo más de once horas y la ley se aprobó el 1904.

Dejémonos de paliativos y leyes, que lo que el obrero necesite ha de arrancárselo al burgués y desista de la enfermedad que parece se va haciendo crónica entre los trabajadores de Vizcaya, de que en cuanto tiene que ventilar algo se ha de ir siempre a contar con el gobernador para que él le arregle lo que ha de ventilar con el patrono.

«Desista el obrero vizcaino de la costumbre de acudir a las autoridades, y dirijase siempre al patrono que le da el trabajo y es con quien debe entenderse.

Si el patrono vizcaino sigue como hasta la fecha haciéndose el sordo a las reclamaciones de los obreros y éstos se hacen fuertes, el patrono no tendrá más remedio que oír al obrero y con él ha de arreglar los incidentes ó peticiones que se susciten entre el capital y el trabajo».

Piense el obrero vizcaino en la labor de la política en el campo obrero y verá que es preciso cerrarse a toda banda contra tal intrusión dentro del sindicalismo que se desenvuelve en principios puramente económicos.

Las últimas noticias de la prensa burguesa, reflejan una pronta solución, pues los patronos no se muestran tan intransigentes.

Como conocemos el paño burgués creemos que este cambio obedece a la actitud de los obreros manifestando que prefieren la muerte antes que volver al trabajo en condiciones deshonrosas.

Y sobre todo el pavor que infunde la huelga general.

Puntos sobre las ies

«... desde que los partidos obreros han adoptado el acuerdo de unirse a los republicanos para combatir al régimen, los movimientos pacíficos á que debía dar lugar la lucha entre el capital y el trabajo han tomado un aspecto completamente político y revisten condiciones muy diversas de las que presentaban en aquel tiempo, muy cercano, en que el obrero renegaba por igual de todos los partidos y consagraba su energía y actividad exclusivamente al mejoramiento material y moral de la clase...»

Hoy esto ha variado totalmente y la cuestión

social suele servir de pretexto ó por lo menos se utiliza por los partidos extremos para causar daño al gobierno, quebrantar el principio de autoridad y atribuir al régimen lo que es efecto de relaciones sociales y de condiciones económicas con las que nada tiene que ver la forma de gobierno...

En nuestro país, en el período que siguió a la revolución, los obreros se convencieron de que los partidos extremos de la izquierda no habían hecho más que utilizar al pueblo para sus egoístas fines, provocando insurrecciones y levantamientos en que las clases populares daban siempre su sangre en favor de una idea sin recoger ningún beneficio en el momento del triunfo. La república que produjo la renuncia de don Amadeo enseñó al pueblo muchas verdades y el desengaño produjo su efecto; Pablo Iglesias dedicó toda su actividad a separar al proletariado de los partidos que se disputaban el poder; los republicanos perdieron las masas que tantas veces ensangrentaron las calles de las ciudades de Levante y del Sur al grito de viva la república federal, y el programa de los obreros tuvo por base el no tratar con ningún partido burgués y el dedicarse por sí mismos á buscar las reivindicaciones sociales que á su juicio les eran debidas. Si se coleccionaran los discursos pronunciados por Pablo Iglesias y otros obreros de igual influjo entre los suyos se vería de qué ataques han hecho víctimas á los que hoy forman á su lado y cómo han llegado hasta á publicar que esos radicales políticos eran mayores enemigos suyos que los partidos más conservadores y que las clases más aristocráticas...

Al volver las masas al campo de la política radical republicana se ha complicado naturalmente el problema social y sus manifestaciones adquieren caracteres muy distintos de los que anteriormente revestían. Ahora, cuando un grupo de obreros pide una mejora en las condiciones del trabajo, no se sabe si efectivamente en esta solidaridad hay un natural deseo de hacer más llevaderas las duras condiciones de la vida para el proletario; no se sabe si el interés que guía á los solicitantes es exclusivamente social ó si van movidos inconscientemente por otros elementos que utilizan las necesidades de la existencia, la estrechez de los medios, la miseria del proletariado para combatir al régimen, como antes se utilizaron los entusiasmos de los obreros, por una forma de gobierno desconocida, para llevarlos á las barricadas.

En una palabra: los obreros han vuelto á la política para servir de medio á los profesionales del desorden, para levantar en alto figuras políticas que se ocupan poco hoy, y se ocuparán menos mañana, de sus necesidades reales.

Antes los llevaban á las barricadas, ahora los llevan á la huelga; en ambos casos exponen su vida los proletarios, sirviendo de escabel á los que nada arriesgan, y que, sin embargo, recogerían el botín si la victoria fuera posible.

Es este fenómeno uno de los más curiosos documentos de prueba de la repetición de la historia: en la política hay siempre explotados y explotadores; los procedimientos se modifican pero en el fondo se siguen las prácticas eternas.

Esto nos recuerda el diálogo gracioso del barricadero y su mujer, publicado en un periódico en los tiempos de la república. Un patriota va con un pesado adoquín á ayudar á formar una barricada.

—¿Dónde vas con esa piedra? le dice su esposa.

—Pues no lo sé—contesta el obrero.

—A hacer ministros—replica un indiferente.

Hoy no se hacen barricadas: el armamento moderno ha variado la forma de combate; pero puede suceder muy bien que los que creen sinceramente que van á pelear la jornada de ocho horas estén pidiendo una jornada de varios meses de ministro para el personaje que menos se figura.

Este es el riesgo que acarrea el haberse sumado otra vez los que tienen necesidades económicas con los que las tienen exclusivamente políticas.

Al sucederse las generaciones en la vida se olvida todo lo que pudiera servirnos de experiencia y escarmiento.

El desengaño volverá para los nuevamente engañados, pero será á costa de su propia tranquilidad.

La lección del pasado no ha servido de nada.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Madrid, 29 julio 1910.

La Vanguardia, Barcelona.

Y ahora, una rectificación necesaria. Suscrito lo fundamental de lo anterior, no demos hacer lo mismo con este otro párrafo:

«¡Hace muy poco que la prensa francesa señalaba el hecho casi más inverosímil de la unión de anarquistas y socialistas; en España ha sucedido lo propio: los socialistas estaban tan separados de los anarquistas como de los republicanos hace año y medio; la lucha entre estos elementos había llegado á ser violentísima; con recordar lo que en los mítines han dicho de Pablo Iglesias los ácratas y lo que de éstos ha hablado el jefe del socialismo se observará lo singular de este fenómeno de unión y asombrará lo rápidamente que se ha verificado.»

No hay tales carneros. Sánchez Pastor ve visiones. Repase las columnas de nuestro semanario y verá como los anarquistas no hemos variado de actitud. Ahora, como antes, la política, aunque se llame obrerista, nos merece igual asco é igual desprecio. Hemos sido de los primeros en señalar al proletariado militante la farsa y la nulidad de esta evolución, de los socialistas de Estado; nuestras críticas y nuestros ataques, re-